

EL ESTIMULO.

EDITOR, POR JULIO ANTONIO VELA.

AÑO I.—TRIM. II. } Riobamba, Enero 19 de 1886. } NÚM. 11.

EL TUNGURAHUA.

Há más de un siglo que las entrañas de este volcán vomitaron la lava, que, si la tradición no nos engaña, formó junto á él la elevada colina de peñascos y piedras calcinadas, conocida por el vulgo con el nombre de el "Terremoto." Desde entonces ha permanecido aparentemente apagado, siendo el embeleso del viajero, por su figura regular de un cono truncado, cubierto constantemente de una capa de nieve, que parecía un manto de brillante plata.

Colocado por la mano de Dios al Nordeste de esta ciudad, descolla magestuoso sobre la línea oriental de los Andes, entre los restos del Carhuairazo y del Altar, y al Este del gigantesco Chimborazo, formando con ellos un admirable conjunto, como para hacer ostensible la magnificencia del Autor de la Naturaleza, y completando el más bello panorama de nuestro territorio en el más extenso y despejado horizonte, circundado por hermosísimos nevados.

El cielo diáfano de Riobamba, cual formado de cristales azules, en donde las blancas nubes que escarmenaba el viento quebraban suavemente la luz del sol, resolviéndose en gasas transparentes de variados tintes; aqueste cielo que recibía amoroso los rayos de la luna suspendida sobre los plateados picachos del Altar, y que derramaba en Riobamba su luz purísima, ha desaparecido á nuestros ojos, llenándonos de terror y espanto.

¿Qué ha sucedido? Ah! todos lo sabemos; todos somos testigos oculares de lo acaecido. Aquel hermoso monte, aquel complementario de nuestro bello horizonte y de nuestros embelesos, hizo una erupción formidable de lava y ceniza el 11 de este mes.—He aquí lo ocurrido, que vamos á apuntar ligeramente para memoria del año 86.

El día indicado, lunes, desde las ocho de la mañana p. m. se presentó al N. de Riobamba una densa nube, color de acero, que iba creciendo y extendiéndose á todos lados. Pocas eran las personas que se habían preocupado de tal aparición.—A las diez p. m. la nube avanzaba sobre la ciudad cubriendo el horizonte de E. á O.—A las doce empezó á caer una lluvia de menuda ceniza volcánica, y grupos de gente alarmada se reunían por todas partes preguntando de cuál de los volcanes provenía tal lluvia. El telégrafo anunció entonces que el Co-

topaxi estaba tranquilo y que la explosión era del Tungurahua.

La noticia fué aterrante, y la conciencia del peligro que corríamos teniendo al frente de nosotros el volcán, nos sumió en tristeza; y más cuando el cielo se oscurecía y daba un color bronceado y la lluvia de ceniza se aumentaba. Era la tarde, y la marcha del sol que se ausentaba de nuestro horizonte nos envolvía en tinieblas. Llegada la noche se presentó á nuestra vista un fenómeno sublime.—La luz rojiza del fuego que escupía el volcán, penetraba por entre la densa atmósfera de ceniza y dejaba ver el vómito de piedras candentes que arrojaba y que rodaban por encima de él; y á tiempo que se levantaban tumbos de fuego, humo y tierra calcinada, el relámpago aumentaba la claridad y el rayo se precipitaba al crater, arreciando el estruendo del incesante bramido, que, por una de las leyes de Física, nos enviaba las ondas sonoras que conmovían la atmósfera, las que, chocando contra las puertas de vidrio y los objetos colgantes, producían un continuado é imperceptible temblor, que algunos han creído proveniente del suelo.—Llenos de temor y respirando un aire de azufre pasamos aquella noche.

Al día siguiente, martes 12, creíamos que una abundante lluvia de agua, habida en la noche anterior, habría despejado el horizonte y arrastrado la tierra volcánica de las calles y tejados. Mas no sucedió así; pues, el cielo continuaba encapotado y medroso, si bien era invisible la caída de tierra. Una niebla de color plomo se extendía por todo el horizonte, y los bramidos del Tungurahua no dejaban de oírse un sólo momento. Algunos campesinos atemorizados comenzaban á llegar á la ciudad, trayendo noticias alarmantes de los estragos que causaba la erupción en los pueblos vecinos. Las autoridades de Guano comunicaron la destrucción de Puela (*) y la oscuridad y lluvia de ceniza en los pueblos del N. y E. de Riobamba. Ese día, el Sor. Gobernador y el Sor. Julio Román montaron á caballo y fueron á inspeccionar las ruinas anunciadas, no sin haber prestado algunos auxilios á los tímidos pobladores de las cercanías del volcán. Por

(*) Ha salvado, con pérdida de algunas casas incendiadas por el fuego de la lava, sin que espamos el número de gente que haya perecido.

la tarde bajó un humo denso sobre Riobamba, proveniente del incendio de los bosques que rodean al Tungurahua. La esperanza de calma se perdía y el peligro crecía á medida que pasaban las horas. Aquella noche ya no se dejó ver el fuego del volcán.

El día 13, miércoles, amaneció lloviendo tierra de un cielo amarillento y tétrico. Todo anunciaba que la catástrofe nos sumiría en desgracia. La población presentaba un aspecto fúnebre y melancólico. Bandadas de gente campesina llegaban á la ciudad en busca de la caridad pública y de sacerdotes para confesarse. Los habitantes de Riobamba comienzan á mirar que las leyes físicas son hechas y dirigidas por una ley superior, cual es la voluntad soberana del Supremo Hacedor, y que, en la impotencia del hombre para luchar contra la Naturaleza, solo queda Dios, regulador eterno de sus leyes, moderador incansable de los movimientos del Universo, que aterran al hombre y le enseñan á recurrir á Él en los conflictos que amenazan su ruina. ¡Cosas naturales! dicen aquellos que no conciben el orden de las cosas sujeto á una Voluntad Soberana, y que las desgracias causadas por esas cosas naturales son un castigo que no puede contrarrestar sino la fe del cristiano!.....

Los lamentos de la gente abren los templos y nuestros sacerdotes imploran la misericordia divina así como avanzan las horas con las tinieblas que apagan la luz del sol. Eran las dos de la tarde, y nos hallábamos en medio de una oscuridad semejante á la de las seis de la noche. A las cuatro la oscuridad era completa. Entonces acude todo el mundo á sacar en procesión el retrato de nuestra Señora del QUINQUE. ¡Qué espectáculo! Más de seis mil almas acompañan la procesión con preces fervorosas, cubiertas de tierra, los semblantes conturbados y la fe en los corazones.

La luz de las antorchas alumbraba débilmente el cuadro de la fe cristiana que busca su esperanza en Dios.....

Llegó la hora de la noche y fué preciso esperar en vela la venida del siguiente día, 14. En efecto amanece y continúa con más abundancia la lluvia de tierra. El sol no se deja ver, y apenas su luz parece la de una vela colocada atrás de un papel. ¡Tres días y tres noches de calamidad! Y comenzábamos el día cuarto con peor aspecto!

Pero no repitamos la narración, que ya nuestro querido amigo la hace en su artículo de Fe, esperanza y caridad, con la unción propia del cristiano. Recomendemos su lectura y admiremos el milagro del Señor! ¡Cosas naturales! han de repetir los miserables que no piensan en Dios! No, católicos, sin la voluntad de Dios no habríamos visto aquel disco de luz que asomó sobre el cráter mismo del volcán y separó las sombras á oriente y occidente, cesando la lluvia de tierra...

Durante ese día el volcán arrojaba inmensos penachos de humo. Por la noche se oían continuados bramidos. Los días siguientes no habido de arrojar humo denso que, unido al polvo que se levanta con los vientos, empañan la claridad de nuestro cielo. Hemos perdido, pues,

por algún tiempo la belleza de nuestro horizonte despejado. ¡Triste está el cielo! triste el aspecto de la población con su capa de tierra cenicienta! No es hoy cuando la limpidez de nuestro cielo inspirara aquel canto que días antes supo inspirar, cuando el poeta dijo:

En cielo límpido
De fondo azul
Tras nube diáfana
Tu imagen ví,
Que en ondas fulgidas
De hermoso tal
Iba fantástica
Briandando amor.....

Digna es de lamentar la situación de nuestros campos y ganados, sin que podamos calcular los males que nos sobrevendrán. Amenazados estamos todavía: la expectativa es alarmante! ¡Quiera Dios que cesen nuestros peligros.

Fe, Esperanza y Caridad.

Virtudes son estas que indudablemente forman la luminosa antorcha de aquellos que, llamándose cristianos, siguen su sacrosanta doctrina.

Cuando las adversidades que afligen á la materia despliegan su airado encono, la fe en lo que esperamos nos hace contrarrestar serenos sus ataques, nos hace llevaderos sus dolores, nos hace mirar frágiles y superables sus dificultades derramando en nosotros, como consecuencia, el caritativo y fecundo bálsamo de la resignación. Ellas forman en el pecho cristiano el valiente inexpugnable contra las calamidades que envuelven á la humanidad, y aun contra la ira misma de la justicia divina. ¿Queréis, descreídos, una convincente prueba de esta verdad?—Sujetaos á la materialidad de los hechos acaecidos hoy en día, acá en el seno de la ciudad de Riobamba. Ya lo sabéis: el Tungurahua arde súbitamente y arroja sobre nuestras poblaciones y campos millones de kilogramos de ceniza.....

Era el once del mes que corremos. El negro manchón, que desde por la mañana perturbó la limpidez de nuestro horizonte, agitó los ánimos. ¿Será tempestad? nos preguntábamos; ¿será uno de aquellos continuos desahogos del temible Cotopaxi?—Luego la antimonia que fetidez del aire, la lluvia de tierra que crecía, hasta cubrir los campos y la ciudad de un manto blanquecino.... ¡preanuncios de verdadera catástrofe. Se sabe en seguida que el Tungurahua, tan cercano á nosotros y en posición de causar daños, es el que ha hecho terrible erupción.—Crece la lluvia de tierra, crecen los cuidados y temores.... Amanece el día doce y la situación empeora. ¿A quién recurrir en semejantes circunstancias? ¡Qué pequeño, qué débil, qué miserable es el hombre ante las obras del Eterno, y ante los más ligeros desahogos de la Naturaleza! ¿Quién nos favorecerá? Ah! va-

mos al único puerto de salvación, á la casa del Dios vivo para implorar su misericordia. Sí, todo el pueblo consternado y precedido por los ministros del Altísimo, pasea las calles de la población con el estandarte de su fe, entonando preces suplicatorias al Señor de los ejércitos.

Pocas horas pasan y empieza á entrar en la ciudad la emigración de los infelices habitantes de los pueblos que más contiguos se hallaban al teatro del acontecimiento, y que, abandonando sus hogares, huían desprovistos de la destructora ruina que les amenazaba. El terror se acrecentaba y la lluvia de tierra crecía á su vez.

Amaneció el día 13 y la luz del sol había por completo perdido su brillantez. Una siniestra y amarillenta claridad dejaba ver la población entera envuelta de un pardusco y desesperante andar; y sin embargo la tierra caía aún con más abundancia. Avazan las horas y el peligro se presenta más amenazador, pero la fe en la justicia Divina y la confianza en su misericordia, parecen también avivarse en el corazón del pueblo riobambeño, pues aumenta su fervor en sus manifestaciones así públicas como privadas. Llegan las doce del día y una densa oscuridad empieza á enseñorearse del firmamento. Dos ó tres horas después, las tinieblas de la más lóbrega noche han envuelto todo. Nada se ve sino las sombras pavorosas. Nada se oye que no sean quejas y lamentos. No se siente más que la incesante lluvia de ceniza. Los templos se apiñan de gentes que solicitan acudir á postrarse á los pies de los Ministros de Dios á llorar sus culpas é implorar el perdón. Conocen el justo encono del Padre de los elementos y cual si quisiesen antes prepararle el ánimo, lo diré así, para la consecución del favor que se le implora, recurren á su Santísima Madre, verdadero refugio de pecadores, y en medio de lágrimas y sollozos la pasean por la población, confiando con este presente encontrar propicio á su divino hijo al siguiente día, en que se determinaba la procesión con el Señor del BUENSUCESO. Nueva prueba todavía de esperanza y fe en la consecución del tiempo.

Amanece el día 14, y el divino Hacedor, para ostentar más su poder, permite que al través de una miserable y agonizante claridad se dejase ver en toda su deformidad el cuadro amenazador. El pavimento y los artesonados de la población se hallaban cubiertos de tierra en una capa de 4 á 5 Cmts. de espesor. Acude el pueblo siempre lleno de fe y confianza á la iglesia de la Concepción, y la lluvia es más copiosa. Desfila por las principales calles la magestuosa procesión con el Señor del Buensuceso. ¡Qué sublimidad la de la Religión cristiana! ¿Dónde están las esbeltas hijas del soberbio Chimborazo que en su gallardía y belleza compiten con la alabastrina frente del coloso? Allí las teneis envueltas en ceniza con un sario que arde en sus manos cual símbolo fiel de la fe que les anima. ¿Dónde están los jóvenes riobambeños, cuya frente no hubo confundido jamás el denso humo del cañón, y en cuyos corazones no imprimió jamás el terror ni el

silbido de las balas ni el eco mismo de la muerte? Vedlos allí envueltos también en tierra, con la ejemplar devoción del verdadero cristiano, dando un auténtico testimonio de que, si son airadas panteras ante los hombres, son dóciles palomas ante su Dios. Termina la procesión y parece que una consoladora esperanza se apodera de los corazones. Pero ¡oh portento divino, logro verdadero del que espera con fe! Pasan pocos momentos, y una lumbrera de celeste luz empieza á romper esa lóbrega penumbra, por el lado mismo de donde nacieron las sombras. La alegría y el reconocimiento asoman en todos los semblantes y se miran ya tan solo los penachos de humo negro que aún exhala el monstruo, como los últimos estertores de un gigante vencido.

Una vez reestablecida la tranquilidad en nuestras almas, réstanos ahora atender á las desgracias ajenas. Errantes y hambreados se desbandan por las calles los infelices inmigrados: pues bien, las puertas de las casas se abren francas para brindarles hospedaje; nuestros jóvenes se apersonan de solicitar limosnas para acallar el hambre; y por infeliz se cuenta la persona que no contribuye para este fin, ya sea con mieses, ya sea con dinero; y todo, todo queda subsauado.

¡Oh noble juventud del Chimborazo! ahora más que nunca habeis dado al mundo entero una prueba de los nobles y laudables sentimientos que abrigais en vuestras almas; habeis alumbrado el escenario de la desgracia, con la resplandeciente antorcha de vuestra Fe, de vuestra Esperanza y de vuestra Caridad, llenando así de un santo orgullo el corazón de vuestro admirador y paisano.

Riobamba, Enero 16 de 1886.

ANGEL F. ABAUJO.

SECCION CIENTIFICA.

ALGO QUE NO ES POLÍTICA.

Hay pueblos y localidades dotados del triste privilegio de producir ciertas enfermedades, como el Egipto la peste de Oriente; el delta del Ganges, el cólera morbo asiático; las Antillas, la fiebre amarilla; el Ecuador, la política, enfermedad crónica con exacerbaciones periódicas, ó mejor enfermedad aguda con remitencias ocasionales: ésta no ocupa aún lugar en los cuadros nosológicos, ni ha sido estudiada su génesis, así no sabemos si es un microbio ó un gas deletéreo que la ocasiona, sabemos solamente que ha llegado á ser nuestra afición constitucional, verdadera manía de la que nos ocupamos exclusivamente ó siquiera con especial predilección, y cada loco con su tema: poner las cosas en su punto, arreglar el mundo es el nuestro; algo más, es el alimento que nos nutre, el aire que respiramos, la sangre que nos vivifica. No podemos sustraernos á nuestra enfermedad heredada y adquirida á la vez, y si pudiésemos no querríamos, moriríamos por inanición, por asfixia; por eso rechazamos los alimentos falsificados, los gases deletéreos que nos brindan algunos periódicos. Necesitamos alimentos verdaderos, sustanciosos y aire puro como "El Quiteño libre", "La Linterna mágica," "El Zurriago," "El Combato"...; periódico que se aparta de la senda trazada por estas hojas de oro del periodismo á pensar si tiene lectores ó mejor estómagos que di-

gieran el pseudo pan, pulmones que respiren el aire mofético.

"El Porvenir" es leído con placer por unos, con fastidio por otros, con empeño por todos, en lo que tiene de *pan*, pero llegando á la erudita y científica monografía del distinguido botánico P. Sodiro, la hoja se escapa de las manos como si se hubiese puesto candente y esto que la coca es el tónico, el remedio, el negocio de moda. Coca! Coca! ya fastidia la coca; si en el número próximo no acaba la coca retiro mi suscripción, dice cada suscriptor ó consumidor; y si en la sección "Literatura" encontramos composiciones poéticas, añadimos: versos! versos! y para qué sirven los versos y los poetas?... Si esto acontece con "El Porvenir" redactado por decanos de la prensa, ¿qué no sucederá con "El Estímulo," primeras palabras, voces casi inarticuladas de criaturas del periodismo si desde sus primeros números acepta no interesantes monografías de sabios si no mal perfeñados artículos médicos de médico oscuro? Puede ser que el título sólo sea el *Vade in pace* de "El Estímulo," pero si él, ó su editor ó su redactor no juzga así puede dar cabida en sus columnas á artículos cortos, muy cortos, que poco espacio defrauden á la política (pan y carne) y á la crónica local (confites) y traten de:

Medicina dosimétrica. Observaciones clínicas.

POB TEÓFILO SÁENZ.

El "Boletín de la Escuela Médica," de Quito, de fecha el 14 de julio de 1884, después de una brevísima reseña de la Medicina Dosimétrica: "Esta nueva doctrina que trazamos ligeramente es digna de ocupar á nuestros hombres científicos; así deseamos, nos ilustren por escrito en tan importante materia, ya que nosotros, inexpertos aún en las dificultades médicas carecemos de fuerzas para hallar solución satisfactoria."

Año y medio ha trascurrido desde que los jóvenes R.R. de aquel periódico manifestaron el deseo de ser ilustrados, en materia tan importante, por nuestros hombres científicos, y ese deseo, verdadero llamamiento á todos los hombres de ciencia, no ha sido correspondido por ninguno: El silencio de los *principes de la medicina* me ha autorizado y determinado á contestar aunque no soy de los elegidos pero ni aun de los llamados. No podré ilustrar ni á los inexpertos con la exposición de la doctrina, porque parece que la conocen y nada nuevo puedo añadir á las luminosas y precisas exposiciones del ilustre fundador del Método Dosimétrico, profesor jubilado de la Universidad de Gante Sor. Burggraave y sus eminentes discípulos González Valledor, Oliveira de Castro, Fontaine, Paquet.; manifestaré sí, el resultado de la aplicación del método, la parte práctica, quizás en ella encuentren luz siquiera escasa que pueda guiarles si no para seguir la vía que desean para dar con ella.

Séame permitido manifestar brevemente por qué puedo hablar de clínica dosimétrica, ó lo que es lo mismo, por qué en la edad madura de alópata me he vuelto dosimétrico ó *me ha pasado*.

La poca conformidad de los autores en cuanto á la acción terapéutica y posología de muchos medicamentos; la disputa entre Lisfranc y Dupuytren sobre prioridad de aplicación de los cloruros á la curación de las quemaduras, medicamento tan elogiado por ambos y luego desechado por los dos; y el éxito terapéutico del tartaro estibiado y del sulfato de cobre en el tratamiento del crup, por Grisolle, me hicieron, desde las aulas, considerar la terapéutica como ciencia muy poco exacta, y la práctica confirmó mi juicio.

Convencido de que el efecto terapéutico no está, en los más de los casos, en armonía con la acción fisiológica, desconfié de los principios que guían al médico para la aplicación de los medicamentos, y poco á poco la duda me condujo al escepticismo y éste á la esceptación; pero como el médico expectante no es más que testigo del curso de las enfermedades, ó como dice el

Doctor Amdeco Latour: "inútil naturalista, que pasa su vida en reconocer, clasificar y describir las enfermedades del hombre," no pude convenirme con ese papel pasivo, y menos aun ejerciendo en provincia en donde se exige, por lo general, curación rápida, pocas visitas y nada de *autopsias* para comprobar la *exactitud* del diagnóstico y la *precisión* del tratamiento.

Desechada la terapéutica activa por incierta y el pasivo fisiologismo por ineficacia cierta, podía ya inscribirme entre los **CURIOSOS DE LA NATURALEZA**, cuando la casualidad puso en mis manos un número [que guardo con esmero] de la "Revista de Medicina Dosimétrica, basada en la Fisiología y experimentación clínica, según el Dr. Burggraave," fue esta una luz que me hizo ver nuevo y agradable horizonte. Pedí inmediatamente una suscripción y servido con exactitud por el infatigable é ilustrado director Dr. Don Baldomero González Valledor, encontré que se poseían medios seguros para "sostener la vitalidad y las fuerzas, disminuir el calorico morboso y refrescar el cuerpo, probar la diuresis y diaforesis, combatir el dolor y el espasmo, impedir las localisaciones de la fiebre y prevenir sus accesos." Tan lisonjero programa no podía dejar de satisfacer al espíritu mas exigente; el médico se convierte en combatiente poderoso armado con armas de precisión; pero su misma amplitud ocasionaba dudas en los acostumbrados á ver gratísimas esperanzas desvanecidas ante las primeras aplicaciones clínicas. Juzgar del método, de la doctrina por artículos de periódico era cuando menos ligereza: creí necesario estudiar los principios, los fundamentos de la nueva doctrina, pues si nada nuevo rechazo por sistema, nada tampoco acepto sin estudio y examen. Estudiadas las doctrinas, gracias á la amabilidad del cumplido Sor. Valledor, y aplicadas á la clínica pude apreciar la exactitud de las proposiciones citadas, así como la magnitud de la colosal obra del sabio profesor de Gante.

La terapéutica, objeto y fin de todos los conocimientos médicos, no obstante los servicios que hace y que promete, es la parte menos avanzada de la medicina y ofrecerá largo tiempo vasto y fecundo campo á la inteligente actividad de los observadores (*Gintrae*), y el eminente fisiólogo francés con mayor franqueza, dice: "Si se quiere hacer terapéutica verdadera, es necesario obrar *vitalmente*. Habría que hacer en este sentido toda una revolución: pero no hay revolución posible en terapéutica, porque la terapéutica no existe," pues bien, la inteligente actividad del cirujano de Gante ha efectuado la revolución que Claudio Bernard no la creía posible.

(Se continuará.)

AVISO.

Se van á inscribir las escrituras siguientes:
1.ª La de permuta de los fundos Casahuico y Sanvicente, entre sí, situados, el primero en la parroquia de Quimiag y el segundo en el barrio de Misquilli de esta ciudad. Dicha escritura, celebrada entre los Sres. Julio Velasco y Antonio Martínez, contiene una hipoteca, valor de mil pesos, sobre la quinta Sanvicente, en favor del Sor. Martínez.

2.ª La de venta de un terreno situado en la jurisdicción de Licán, llamado Sanniguel, otorgada por José María Martínez á favor de Juan de la Cruz Colcha.